

The book cover features a vibrant orange background with a stippled texture. At the top, a silhouette of a person stands on a horizon line, with a beam of light shining down from their head. The background is filled with abstract black and white geometric shapes, including triangles, lines, and circles, some of which resemble stylized trees or structures. The overall style is modern and graphic.

Los dos hermanos

EDITADO POR
Santiago Cortés Hernández
y Berenice Granados

Los dos hermanos



Los dos hermanos, editado por Santiago Cortés Hernández y Berenice Granados Vázquez, forma parte de la colección de libros infantiles Zango zango sabaré del Laboratorio Nacional de Materiales Orales, financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Primera edición impresa: abril de 2018

Primera edición digital: agosto de 2020

D.R. © 2018. Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,
c.p. 04510, México, Ciudad de México.
Laboratorio Nacional de Materiales Orales, Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia,
Antigua Carretera a Pátzcuaro 8701,
colonia Ex Hacienda de San José de la Huerta,
c.p. 58190, Morelia, Michoacán.

ISBN de la colección electrónica:

978-607-30-3318-3

ISBN del volumen electrónico:

978-607-30-3319-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

El diseño de colección y el diseño de forros son obra de Andrés Mario Ramírez Cuevas. Las ilustraciones fueron realizadas por Abraham Bonilla Núñez. La intervención final del texto y las tareas editoriales estuvieron a cargo de José Manuel Mateo y Quetzal Mata Trejo.

Hecho en México.

Los dos hermanos

A partir de la narración oral
de Margarita Cruz García

EDITADO POR

Santiago Cortés Hernández
y Berenice Granados

Relato de la Huasteca
veracruzana, México

UNAM-ENES

2020



Estos eran dos hermanos que vivían en el campo con su abuelita.

Uno de ellos era muy trabajador: le gustaba sembrar maíz y frijol. El otro, en cambio, era muy latoso y no le gustaba trabajar: se quedaba en casa. En una ocasión el hermano trabajador sembró maíz. Iba seguido a ver su milpa, a limpiar sus plantas. Un día le dijo al hermano:

- ¿Sabes qué, hermano? Voy a ir a la milpa.
¿Cómo ves, te quedas aquí, pones a calentar agua, bañas a la abuelita y le das de comer?
- Sí, hermano.
- Bueno, te la encargo mucho.

Y se fue.



El hermano latoso puso a calentar el agua, pero olvidó quitarla del fuego, y el agua se calentó tanto que hirvió. Entonces comenzó a bañar a su abuelita. La viejita, con el agua tan caliente, se fue encogiendo poco a poco hasta que desapareció.

Al rato llegó el hermano trabajador y le dijo:

— Hermano, ¿bañaste a mi abuelita?

— Sí.

— ¿Le diste de comer?

— No pude.

— ¿Por qué?

— Es que la abuelita se encogió hasta que desapareció.



- Pero hermano, ¿qué hiciste?
¡Encogiste a la abuelita!
- Pero tú me dijiste que calentara
el agua y yo la calenté.
- ¿Y estaba muy caliente?
- Pues sí.
- ¡Ay, hermano! Yo te dije que calentaras
el agua, pero no que se la echaras tan caliente.
- Pues yo no sé. Yo la bañé, y pensé que le iba
venir bien.
- Bueno, pues ahora ni modo, ya nos dejaste
sin abuelita.



Al otro día, dijo el hermano trabajador:

- Hermano, como castigo por lo que hiciste tendrás que ir a la milpa. Ve a darle una vuelta. Llévate el machete.
- Bueno, sí, está bien.

Y que se va el latoso: agarró su machete y se fue.



Llegó a la milpa y empezó a cortar todo el maíz, todo, todo, ¡todo! No entendió que solo tenía que revisar que la milpa estuviera bien, que no la hubiera atacado ningún animalito, pues al maicito aún le faltaba madurar. Hasta que ya cortó todo el maíz de la milpa regresó a la casa. Su hermano le dijo:

— ¿Le fuiste a dar la vuelta a la milpa?

— Sí, claro.

— ¿Cómo está el maíz?

— Bien volteado.

— ¿Cómo que está bien volteado?

— Pues sí, tú me dijiste que le fuera a dar una vuelta y yo le di una vuelta: llegué y empecé a cortar todo el maíz y le di la vuelta.

— ¡Pero hermano, yo no te dije que lo cortaras! Yo te dije que lo fueras a ver, que le fueras a *dar una vuelta* para revisar que estuviera bien.

— Pues sí, yo le di la vuelta: lo corté todo.

— ¡Ay, hermano!, de veras que eres bruto: ni una sola cosa haces bien.



El hermano trabajador fue a ver su maíz y estaba todo cortado. Regresó a su casa bien triste y dijo:

- ¿Sabes qué, hermano?, me voy a ir porque ya no hay razón para seguir aquí: desapareció la abuelita, cortaste el maíz, ya no tenemos nada, mejor me voy. Quédate tú.
- No, hermano, yo me voy contigo.
- No, tú quédate.
- ¿Pero qué voy a hacer yo solito?
Yo no sé hacer nada. ¿Cómo me vas a dejar?
- Bueno, está bien, vámonos.



Se fueron los dos, y ya cuando habían caminado mucho, dice el hermano trabajador:

- ¡Ay!, ¿qué crees, hermano? Se nos olvidó la puerca.
- ¡Ah!, si quieres me regreso, si quieres me regreso.
- No, ¿cómo te vas a regresar?, si ya estamos bien lejos.
- No, sí me regreso. Tú espérame aquí y me regreso.



Y que se regresa el hermano latoso. Empezó a arrancar la puerta de la casa. En lugar de llevarse a la puerca, que empieza a arrancar la puerta de la casa. Y el hermano trabajador espere y espere al hermano latoso, espere y espere: “¡Ay, este bruto! ¿Qué habrá hecho? No viene. Mmm, no, no viene”.

Finalmente arrancó la puerta el hermano latoso y cuando iba llegando a donde estaba el otro, le dijo:

- Hermano, ¿pero qué traes ahí?
- Tú me dijiste que trajera la puerta y aquí la traigo.
- No, yo no te dije que se nos olvidó la puerta, yo te dije que se nos olvidó la puerca: la puerquita chiquita que tenía allí, la puerquita que estaba engordando. Ahora de castigo te la vas a llevar tú porque ni creas que yo te voy a ayudar a cargarla.

Entonces siguieron su camino.



El hermano latoso ya iba bien cansado con su puerta en el hombro. Cuando oscureció dijo:

— ¿Y ahora dónde nos vamos a quedar?

— Mira, ahí están unos árboles. Si quieres, ahí subo la puerta y ahí nos acostamos.

— Bueno, tú súbela. Ya te dije que yo no te voy a ayudar porque ya me has hecho demasiadas cosas: desapareciste a la abuelita, echaste a perder el maíz, confundiste la puerca con la puerta...

Si quieres subirla, súbela tú.



Empezó el muchacho a subir la puerta a los árboles y la acomodó; ahí se acostaron y se durmieron. Más de noche llegaron unos señores en unos caballos y se quedaron bajo los árboles donde estaban los dos hermanos. Dijeron:

— ¿Cómo ves, nos quedamos aquí?
Estos árboles están muy bonitos como para que nos acostemos aquí debajo de ellos.

Ahí se quedaron, empezaron a preparar comida y cenaron. Entonces el hermano que era muy latoso, despertó al hermano trabajador:

— Ps, ps, ¡hermano!, tengo mucha hambre.
— ¡Pues te aguantas, porque yo te dije bien claro que no vinieras, pero tú quisiste venir!

Entonces se volvieron a acurrucar.



Pasados unos minutos, los señores que estaban abajo se quedaron bien dormidos. Entonces el hermano latoso volvió a despertar y sacudió al hermano trabajador:

- Ps, ps, hermano, tengo ganas de hacer pipí.
¡Hermano, tengo ganas de hacer pipí!
- Tú nomás estás de latoso, ya te dije que te callaras. ¿Qué no ves que están los señores allá abajo durmiendo? Nos van a oír y vas a ver lo que nos van a hacer.
- Es que tengo muchas ganas de hacer pipí.
- Pues yo no sé, hazte pipí ahí.

Entonces se paró e hizo pipí. Los señores que estaban abajo despertaron:

- Está cayendo el serenito de la mañana.

Y después siguieron durmiendo.



No había pasado tanto tiempo cuando el hermano latoso despertó nuevamente y sacudió al hermano trabajador:

- Hermano, hermano, tengo ganas de hacer del dos.
- Pero de veras: eres tan latoso que mejor no te hubiera traído. Te dije que allá están los señores, se van a despertar y nos van a oír.
- Pues sí, pero yo tengo ganas de hacer popó.
- Yo no sé, si te anda, haz, pero si descubren que estás aquí y nos agarran a los dos, tú vas a tener la culpa.

Y el muchacho, como era muy latoso, no le importó y se hizo popó. Los señores de abajo dijeron:

- Está cayendo el pan de cada día.

Y se volvieron a quedar otro ratito dormidos.



Entonces, el hermano latoso dijo:

- Hermano, tengo bastante sed.
- ¿Qué no te dije que no estuvieras de latoso?
Están los señores allá abajo y se van a dar
cuenta, nos van a oír.
- Es que tengo sed.
- ¿Y de dónde te doy agua?, aquí no hay.

Y de tanto estarse moviendo el hermano latoso,
tanto estarse mueve y mueve y mueve, que se cae
la puerta.



Cayó la puerta y ellos se quedaron arriba del árbol. Cuando oyeron el ruido aquel los señores que estaban abajo se espantaron tanto que se fueron corriendo, se fueron sin parar, sin mirar hacia atrás.

Ahí dejaron todos sus caballos. Los hermanos bajaron y empezaron a revisar lo que traían. ¿Sabes qué traían los caballos? ¡Eran puras monedas de oro! Como los otros señores no regresaron, ellos se quedaron con el oro, con todo se quedaron: se volvieron muy ricos...

y compraron una nueva puerquita.



Los dos hermanos es uno de los cuentos más difundidos en la tradición oral de México: casi en cualquier lugar del país hay alguien que sabe contarlos. Es un cuento encadenado, al que se le agregan y se le quitan episodios, o en el que las andanzas de los personajes se pueden contar en distinto orden. En México, muchas versiones empiezan con la muerte de la abuelita pasándola por el agua y por el fuego.

Este relato fue narrado por Margarita Cruz García en Altamira, Tamaulipas, a quien su abuela se lo contó cuando era niña en el rancho el Anono, al norte de la Huasteca veracruzana. Fue grabado por Berenice Granados en julio de 2007. Diez años después, Santiago Cortés y Berenice Granados editaron este texto.



ESCUELA
NACIONAL
de ESTUDIOS
SUPERIORES
UNIDAD MORELIA

LAN
M[Editorial]



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

